

CIEN AÑOS DE PERSECUCION PARA EL INTELECTUAL LATINOAMERICANO

En el número de Estudios Centroamericanos correspondiente a mayo-junio de 1970, se indicaba ya algo, en la página Editorial, sobre la tortura y demás crímenes políticos en Latinoamérica. Por desgracia, el caso no es nuevo en nuestro continente. Desde la muerte de Sucre —asesinado en Berruecos en el mismo comienzo de la vida independiente americana— hasta nuestros días, el asesinato y la tortura parecen ser el recurso más expedito para solucionar dificultades políticas.

Centro América no se ha quedado atrás en esta triste ristoria. En concreto, para El Salvador, con ocasión del caso de un intelectual muerto y otro desaparecido, hubo unas declaraciones oficiales que fueron una escalofriante ratificación del "oscurantismo" político-cultural en que nos encontramos. Los periódicos se ocuparon extensamente de los dos casos dichos. Por desgracia, aunque estos casos han sido profusamente agitados y discutidos a nivel de noticia, no se ha ido al fondo de su significado. La agitación partidista —a favor o en contra— no es siempre la más

indicada para que se reflexione serenamente sobre el caso y se diagnostique la situación nacional. Quizá lo más grave sea que tras esta agitación no quede luego en el sentir popular más que un vago recuerdo de un hecho de sangre, tan común como otro cualquiera de los que nuestros periódicos nos proporcionan.

Sin embargo el asesinato de un hombre, cualquiera que sea, no es un hecho común. Peor aún, el de un "intelectual". Y esto, no por prejuicios de clase, sino precisamente por lo que representa un intelectual hoy en América Latina. Quizá en otras latitudes, ser intelectual equivalga a ser un "dilettante" de salón, una figura de hombre hecha para ser colocada en los estantes de una biblioteca. En nuestro caso, el intelectual representa la naciente conciencia de América Latina. Conciencia de ser hombre, y por tanto de la dignidad que eso significa; conciencia además, de ser portavoz de una mayoría oprimida que todavía no sabe hablar por sí misma. Su misma misión de intelectual, su vida misma, le coloca en una situación especial.

Comentarios

"El escritor" —así concluye el documento del encuentro de Escritores de Santiago de Chile— "escribe por una necesidad de creación imposible de satisfacer de otra manera. No puede prescribirse ni el contenido de su obra, ni un lenguaje determinado para expresarlo. Porque la obra literaria, se lo proponga o no el escritor, constituye siempre un testimonio crítico... Tomando en cuenta la situación actual de los pueblos del Continente, no podemos soslayar nuestra responsabilidad hacia ellos, cualesquiera que fueran nuestras discrepancias. El ideal que como escritores independientes propugnamos para la humanidad que sufre, y en particular para nuestra América Latina, es una comunidad que termine con todo género de explotación física y espiritual de la criatura humana, aspirando a una sociedad sin clases, donde todos tengan acceso a la cultura y a los bienes materiales".

No se trata simplemente de dos "misiones" yuxtapuestas en la vida del escritor: su actividad típicamente creadora por un lado, y su conciencia social por el otro. En la raíz misma de su concepción del mundo y de la vida está presente la dignidad humana. Hoy, la literatura y el Arte, el pensamiento en general, no se conciben a sí mis-

mos como aislados de la sociedad a la que pertenecen. Son una manera especial de ser conciencia de la sociedad a la que pertenecen; un estilo de solidaridad humana.

Así se comprende que el intelectual sea perseguido y expulsado de los países en donde todavía no se tiene valor para encarar la realidad. Así se comprende que en Haití, Papá "doc" Duvalier asesine a mansalva a todos los que cometen el delito de pensar de manera distinta; así se comprende las "purgas" de intelectuales marxistas.

Pero lo que pasa inadvertido es que las muertes de intelectuales o su persecución son un símbolo trágico de las sociedades en las que se dan estos delitos. Una sociedad que a través de sus representantes sea incapaz de dialogar o de discutir, que tenga miedo a formas distintas de pensar, es una sociedad viciada y sin sentido. Es una sociedad que ha perdido la idea de su fin —servicio para que cada hombre se realice— y que ha caído en la disolución.

Las persecuciones de intelectuales no son pues, solamente, medidas represivas que hay que condenar. Son a la vez muestras palpantes de nuestro propio valer personal, de la moralidad de nuestras acciones y principios.